

Juan Larraín González

Tereso y Margarito

Octubre 8–22, 2023

*–Tereso, qué lindo, ¿nocierto?– decía, con la vista perdida
en un recuerdo que sólo él disfrutaba.¹*

Un recuerdo endémico de la zona central de Chile, en un día de primavera, es la ineludible colisión con los *pololos*; unos bichos peludos, de color anaranjado y con tres franjas negras. Son abundantes, su vuelo es lento y de una torpeza inescrutable y siempre se quedan adheridos a la ropa.

El nombre viene de la palabra mapudungun *pëlulu*, que significa revolotear como una mosca. Por eso, *pololo* también significa “novio”.

En una sala de clases llena de niñas, oír cómo una compañera desgarraba la ya frágil atención que se ponía en otra cosa con el lamento adolescente “*¡necesito un pololo!*” era cotidiano. También yo albergaba en esa época la esperanza de un cierto revoloteo alrededor de mis preciosas flores, que si bien al mismo tiempo me parecían mediocres (por ser mías) estaban repletas del deseo de polinizar algo en este mundo. Solo había un problema...

Si hubiese que encontrar una especie, mi complejo era ser algo como de la familia de un palote. Quien no lo notara a primera vista, lo notaría a la segunda: mi presencia, una impostura “proscopiidaética” de la femeneidad, sobresalía incómodamente entre la de mis compañeras, que parecía emanar sin esfuerzo y con pura gracia natural.

–Hueona no erí un insecto–, fue una de las primeras manifestaciones de amor de Juan en nuestra amistad, que ha sido un hermoso camino de reinterpretar nuestras historias juntas.

Las metáforas de la naturaleza, cuando no son acaparadas por la pseudociencia para desacreditar la experiencia queer, pueden ser algo como Virginia Woolf escribiéndole a Vita:

*I feel like a moth, with heavy scarlet eyes and a soft cape of down -- a moth about to settle in a sweet bush --
Would it were -- ah but that's improper.²*

Quizás la característica de una belleza queer, es su capacidad mutable de integrar la repugnancia, la sublimación del rechazo y del miedo a lo desconocido en los encuentros cotidianos.

Una mariposa debe ser horrenda a los ojos de las cuncunas conservadoras. “No con nuestras larvas”, dicen, y malgastan todas sus habilidades en el intento de preservar una forma fija de sí mismos. Mas lo que sucede dentro de un capullo es una disolución completa; después de pasar a un estado líquido (!) la sopa de oruga (que debe ser algo como puro sentimiento o pura memoria) se puede rearticular nuevamente.

Dentro de nuestros marcos antropomórficos, la pintura puede ofrecer un modesto acercamiento a este principio.

Los motifs de las pinturas de Juan aluden a elementos que lo rodearon en su infancia en el campo chileno, así como la ubicuidad de ciertos bichos de aquí, con su potencial narrativo y simbólico, para ver qué pueden decir sobre la experiencia no binaria, la soledad, el sentido de pertenencia y el anhelo de ser amado.

Oí zumbar a una mosca cuando morí, empieza un poema de Emily Dickinson.

Y a Juan, sentado un día en el cementerio en Südsterne, pensando en todos los grandes temas de esta vida, le distrajo el brutal festín de unas hormigas.

Encuentro que, a pesar de diferir en sus prácticas sexuales, los firebugs se parecen un poco a los pololos. Quizás hay, entre ellos unos Teresos y Margaritos que se vinieron a Berlín; a encontrarse, a incendiarse, a perderse en una multitud de semejantes y hacer cosas vernaculares y universales al mismo tiempo.

Cosima zu Knyphausen

1 Pedro Lemebel in: Contardo, Óscar, “Loca fuerte, Retrato de Pedro Lemebel” (2022). Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago (2022). p. 40

2 Cramer, Patricia Morgne, "Virginia Woolf: Liberating Lesbian Readings from Heterosexual Bias" (2010). English - Stamford: Articles, Papers and Presentations. p. 4